

# XXVI ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

(DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CEREMONIA CONMEMORATIVA DEL 22 DE SEPTIEMBRE)

Por el Abog.

“**E**SPARCIDA por todo el mundo hay una congregación de hombres dispuestos a aceptar lo nuevo, si es bueno; sin abandonar lo viejo aquilatado. No están unidos por lemas ni por signos. Su comunidad es la del espíritu”.

Quiero, señor representante del C. Presidente de la República, señor Rector, profesores y estudiantes universitarios, quiero que los conceptos anteriores de Hui-zinga, el profundo pensador contemporáneo, sirvan de epígrafe a estas palabras en el vigésimo sexto aniversario de la fundación de la Universidad Nacional de México. Lo bueno nuevo y lo viejo

S A L V A D O R A Z U E L A

Jefe del Departamento de Acción Social  
de la Universidad Nacional de México

aquilatado: he aquí, cabalmente expresado, el espíritu de la obra universitaria.

La influencia que determina el nacimiento de una institución marca, por manera definitiva, el desenvolvimiento de su vida. Y sobre la existencia de nuestra Universidad Nacional flota el ascendiente de una sombra paternal e ilustre: la de don Justo Sierra. Rindamos homenaje al maestro, porque él significa la amalgama armoniosa de lo viejo aquilatado y lo bueno nuevo.

Tal es la tradición que reconoce y acepta como suya la Universidad. Debemos, sin embargo, volver nuestro recuerdo a la Real y Pontificia Universidad de México. Su dirección ideológica no fue la que preside los destinos actuales de nuestra casa; pero, con los trabajos dispersos

de las escuelas de enseñanza preparatoria y profesional del siglo XIX, preparó la tarea de coordinación y síntesis que hizo de la Universidad un todo estructurado y orgánico, gracias a la intuición clarividente de don Justo Sierra. A nuestros antepasados hemos hoy de rendirles pleitesía.

Al celebrar este aniversario, recordemos de qué suerte la Universidad surgió signada para un destino polémico y combatiente. Para quien busque el sentido oculto de los acontecimientos con rango histórico, no constituye un hecho intrascendente que la Universidad se haya fundado contemporáneamente a la Revolución de mil novecientos diez. Apartar ese hecho de la vida universitaria, sería privarnos de la posibilidad de una interpretación auténtica de su trayectoria.

Llega la Universidad, levantándose sobre el litoral de un mundo nuevo, a una hora fundamental en la lucha por la liberación de los hombres. Toda una escala de valores se está derrumbando. Esta quiebra, operada en los órdenes más diversos de la vida, significa la rectificación de la conducta organizada sobre la exaltación de las aptitudes económicas adquisitivas, orientada en torno de la primacía de los valores materiales. El mundo moderno tiende, desde los más opuestos ángulos, a organizar la convivencia social apoyándola en la capacidad de servir de cada una de las personas.

Al reconocer la Universidad estas direcciones normativas de nuestro tiempo, no se ha separado de los claros, luminosos lineamientos que le trazara su fundador. Sostuvo don Justo Sierra el propósito de la libertad de pensamiento, como base inmovible de la actividad de la institución y la Universidad continúa manteniendo este propósito; pero, al propio tiempo, entendemos la libertad como un impulso actuante, con una dirección responsable y concreta. No una libertad abstracta, simple afirmación de

derechos o facultades, sino una libertad cuyo volumen adquiere plenitud a través de obligaciones y deberes vitales. No una libertad retórica, sino una libertad encaminada hacia la dedicación de todas las vocaciones para el servicio eficaz de una humanidad mejor. Un concepto de tal manera amplio, que así nuestra posición ante la vida adquiere una precisa dimensión revolucionaria. Porque la adopción de una sola fórmula o de una doctrina exclusiva, implicaría la intención categórica de oponerse a la renovación del mundo. No es por eso la libertad que preconizamos de tono formal e individualista, declamatorio y pedantesco, nuestra libertad se resuelve en un anhelo de expansión del espíritu creador; es aquella libertad a que se refería un gran francés, la que cantó Beethoven en el himno a la alegría de la Novena.

La Universidad afirma que tiene una función social responsable, pero ello no implica, señor representante del C. Presidente de la República, que haya quebrantado su libertad. Yo os ruego que transmitáis al Jefe del Ejecu-

tivo Federal, la voluntad de vivir de este instituto; que le llevéis la impresión de la fuerza joven, inquieta y beligerante que aquí se congrega. Yo os requiero para que le digáis que la llama de la juventud de México se mantiene aquí siempre viva. Porque la juventud es inconformidad e inquietud de reforma y anhelo perenne de superación, que no se satisface nunca con un esquema o con una postura doctrinal, porque a todos los esquemas los declara de significación contingente, dispuesta a desbordarlos con su propia, enérgica vitalidad.

Hoy la Universidad proclama, como uno de sus más altos deberes, contribuir a que se defina la personalidad, el estilo del pueblo de México. Y como punto de partida desea para el país, más que un grupo selecto de intelectuales, ciertamente indispensable para la República, una selección moral. Más que una aristocracia intelectualista, cerrada e irresponsable, "una aristocracia de la conducta", como dijera Eugenio D'Ors. Una aristo-

cracia, la única legítima, fundada en la abnegación, el sacrificio y la virtud. Aquí honramos a los grandes inconformes, a los rebeldes. Aquí las vidas limpias encuentran su consagración en la simpatía de los jóvenes. En la esencia misma de nuestra Universidad alienta lo mejor de don Justo Sierra, espíritu siempre mozo, ondulante inteligencia que nunca llegó a anquilosarse, por el don de la espiritualidad y de la gracia, que es el secreto de la juventud.

Rememoremos hoy, universitarios, a todos los que han participado en la tarea de la Universidad. Defensores de la autonomía y la libertad, catedráticos, investigadores, estudiantes, luchadores oscuros y anónimos, los más heroicos, que mi palabra pobre os diga su homenaje.

Procuremos también asomarnos al destino trágico de México, destino que nos dice que debemos mantener en alto, siempre encendida, la llama de la inconformidad, constante el anhelo de superación. No existe símbolo más hermoso del destino humano, dice Keysserling, que aquella maravillosa rapsodia de la Odisea en que Ulises, ya a punto de quedarse al lado de Penélope hasta el fin de sus días, se ve obligado a abandonar la tierra nativa, con los remos al hombro, para aplacar el ánimo irritado de Neptuno. ¡Que siempre vibre en la Universidad la inquietud creadora del espíritu que triunfa sobre el destino adverso!

Volvamos a nuestra tradición en lo que ella tiene de afirmativo. Y reclamemos hoy, sin jactancia ni alarde, un puesto en el ejército en marcha de los trabajadores. Sobre los hombres ágiles de nuestra Universidad gravita un pasado que hemos querido encarnar en la figura gloriosa de D. Justo Sierra, pasado que no impide que nos detengamos a escuchar, rompiendo el silencio de tragedia contenida de las campiñas de México, el rumor melodioso de "las abejas que labran la cera virgen de los nuevos panales".